

## 6. Daniel Nugent \*

### *Los intelectuales del Norte y el EZLN*

Traducción: Ángela Carballo

En las últimas décadas, se ha calificado con el prefijo “post” a importantes tendencias del análisis social y cultural. Hoy, por ejemplo, se espera que los científicos sociales conozcan en algún grado el postestructuralismo, el posmodernismo, el posfordismo, e incluso algo llamado posmarxismo. Algunos dicen que una situación que antes era identificada como “colonial” ha sido sustituida por otra situación, llamada “poscolonial”. Cualesquiera sean las virtudes de estas perspectivas —por las dificultades que plantean para los conocimientos convencionales, porque generan nuevas formas de crítica—, tienen poco valor para la comprensión de los sucesos históricos contemporáneos; peor aún, han introducido un vocabulario y una forma de presentar los temas que ocultan bastante más de lo que revelan.

Otros ensayos sobre este tema esbozan las características principales del “discurso” posmoderno. A los fines del presente análisis, será suficiente citar un ejemplo, en particular convincente, para ilustrar cómo ese discurso se aplica hoy a lo que se solía llamar “Tercer Mundo”. Ese ejemplo se encuentra en la obra de Gayatri Spivak, quien una vez dijo que “Clase es la forma más pura de significante”, lo que implica que *clase* es un símbolo lingüístico “puro” en el sentido de que no tiene un

referente concreto en el mundo material.<sup>32</sup> Desde la ventajosa perspectiva del tipo de teoría lingüística de la que se sirven tantos analistas del discurso posmodernistas, la cualidad del referente es menos importante que la relación de conceptos como *clase* con otros “significantes”. Es por eso que Spivak puede sostener, por ejemplo, que el “socialismo” “no tiene un referente históricamente adecuado” en la India, con lo que quiere decir que el socialismo en la India no se originó en una tradición de discurso socialista verdaderamente autóctona. No hace mucho, Aijaz Ahmad se refirió a esa observación, y la manera en que lo hizo capta bien la noción posmodernista del concepto “historia”: Oír que el socialismo no tiene “un referente históricamente adecuado” en la India, observa Ahmad, sorprendería enormemente a los millones de indios que, por razones vinculadas con su propia experiencia del capitalismo nacional y con su propia situación en la división de clases, votan sistemáticamente al comunismo. El “referente histórico” del socialismo indio, en otras palabras, no es un incorpóreo “discurso” imperial sino el capitalismo indio y las prácticas políticas “ejercidas dentro de la India por los sujetos políticos indios”.<sup>33</sup>

Esa es una de las maneras de resumir las diferencias entre el posmodernismo y el marxismo. No es que el marxismo no esté interesado en el lenguaje, en el discurso, o en el significado: de hecho, las mejores obras del materialismo histórico tratan precisamente sobre la gran variedad de referentes concretos que pueden tener palabras como “clase” o “trabajo” en condiciones históricas específicas. Sin embargo, quiero simplemente subrayar aquí, que el marxismo concibe las prácticas a través de las cuales se producen significados teniendo en cuenta la relación que establecen con las acciones de las personas en el mundo y sobre el mundo, y no solo considerando la

---

\* Traducción del artículo de Daniel Nugent, “Northern Intellectuals and the EZLN”, *Monthly Review, An Independent Socialist Magazine*, vol. 47, No. 3 (July & August 1995), Nueva York: MR Press, pp. 125/138.  
Traductora: Ángela Carballo. E-mail: [angy\\_carballo@hotmail.com](mailto:angy_carballo@hotmail.com)  
[ac\\_traducciones@hotmail.com](mailto:ac_traducciones@hotmail.com)

---

<sup>32</sup> Gayatri Chakravorty Spivak, en un seminario dictado en el Pembroke Center for Teaching and Research on Women, Brown University, marzo de 1988.

<sup>33</sup> Aijaz Ahmad, “The Politics of Literary Postcoloniality,” *Race & Class* 36, 3 (1995), p. 5.

relación que tienen con otros significados. Esas prácticas se llevan a cabo en lugares particulares y en momentos particulares, las desarrollan sujetos particulares en condiciones particulares, y tienen que ser estudiadas desde un punto de vista histórico.

### Revolución en internet

Supongamos, por ejemplo, que queremos analizar la sociedad mexicana, ya sea a través del prisma de la revolución mexicana de 1910, o el de la revolución neozapatista en Chiapas, que comenzó el 1 de enero de 1994, o a través de la crisis del estado y el partido gobernante en los últimos meses. Un punto de partida sería reconocer que México ha sido durante mucho tiempo una “sociedad poscolonial”. Desde hace aproximadamente dos siglos, México se ha alejado en términos temporales —si no en términos de desarrollo— de una condición colonial anterior. Aun así, una de las características más impresionantes del modo en que el poder político se organiza socialmente y se experimenta subjetivamente en todo México —ya sea en el “avanzado” estado norteño de Chihuahua o en el “atrasado” estado sureño de Chiapas— es que es y continúa siendo, en profundidad, una forma de poder colonial o, a lo sumo, neocolonial, más que inequívocamente poscolonial. Ni la Guerra de Independencia ni la Guerra de Reforma, durante el siglo XIX, ni la revolución de 1910 o las “reformas” de la Salinastroika en el período 1988-1994, durante el siglo XX, fueron una ruptura radical e irreversible con el pasado. Más bien, son momentos de un proceso ininterrumpido de transformación. Esa serie de transformaciones políticas estaba asociada con una serie de transformaciones económicas que establecieron la forma específica del capitalismo mexicano. El lenguaje de “pre” y “post”, que pretende referirse a cambios históricos, en realidad *enmascara* esos procesos de transformación y desmembra la historia en unidades discontinuas y desconectadas.

No obstante, el atractivo de las modas intelectuales es tan grande que los mismos

académicos que dos décadas atrás trabajaban en México con los campesinos y hablaban de movimientos sociales, de la formación de la clase rural, y del carácter permanente de la acumulación primaria de capital en los estados dependientes, periféricos, ahora son autores de ensayos posmodernistas y de libros con títulos como *Culturas híbridas* y eligen además temas como la metáfora del ajolote para organizar sus reflexiones sobre la historia mexicana, temas que tienen más en común con la literatura del realismo mágico que con un análisis desde el punto de vista del materialismo histórico. No quiero sugerir con lo que digo que el realismo mágico —por ejemplo, las novelas de Gabriel García Márquez o de Isabel Allende— no tengan nada para decirnos, y que solo el materialismo histórico puede revelar la Verdad. Lo digo solamente para subrayar las diferencias radicales entre las maneras que tiene la literatura y las maneras que tiene la historia de vincularse con la realidad social.

Tal vez, no debería sorprender demasiado que algunos críticos posmodernos/poscoloniales parezcan ignorar, o finjan ignorar, que el ámbito de discurso en el que circulan sus trabajos no está para nada relacionado con la realidad social que ellos pretenden representar. Los privilegios que ahora disfrutaban los intelectuales del Norte se han reducido tanto que muchos parecen querer compensar esa situación exagerando ante sí mismos su propia importancia y la importancia de prácticas puramente intelectuales o “discursivas”. No obstante, la distinción entre *qué* se dice y *cómo* se lo dice continúa siendo importante. Cabe recordar algo que supuestamente dijo Gabriel García Márquez a Carlos Fuentes cuando debatían los cambios de rumbo durante las luchas internas del partido gobernante en México en los primeros meses de 1995: “Vamos a tener que tirar nuestros libros al mar porque la realidad ya nos derrotó totalmente”.<sup>34</sup> Si un literato se da cuenta de eso, ¿por qué no puede también hacerlo un teórico literario?

<sup>34</sup> *New York Times*, marzo de 1995, p. A1.

Aun así, los conceptos o los supuestos posmodernos, incluso los giros lingüísticos ocasionales, tienen un poder realmente seductor sobre muchos intelectuales; y la adopción despreocupada de un vocabulario posmoderno tiene efectos sumamente engañosos en el estudio de los acontecimientos históricos de la actualidad. Ese hecho se evidencia en particular en la gran cantidad de material publicado sobre el levantamiento del EZLN en Chiapas, esa rebelión de los condenados del Sur que hizo que el mundo se despertara la mañana del 1 de enero de 1994. En la urgencia por dar cuenta de ese levantamiento, en apariencia sin precedentes y original, la expresión “posmoderno” salió con bastante facilidad del bolígrafo y de la boca de muchos analistas. Mientras tanto, pasado más de un año desde que el EZLN desafió el poder del estado mexicano, leemos en la página de opinión del *New York Times* que “el desmoronamiento mexicano de 1995 es la primera crisis económica posmoderna”.<sup>35</sup>

Además de un flujo sin fin de publicaciones en inglés donde se traza el perfil del EZLN o de su vocero, el Subcomandante Marcos, también aparecieron varias redes informáticas que se dedican con exclusividad a distribuir información sobre el EZLN. Es como si la circulación de datos, la comunicación y la producción de comentarios en los libros y medios electrónicos en inglés reflejara la producción de muñecos por parte de empobrecidos campesinos chiapanecos devenidos en artesanos, muñecos bautizados “Marcos” o “Ramona”, pequeñas figuras de madera que no están vestidas con el atuendo tradicional maya sino con el atuendo del EZLN: pasamontañas en miniatura y rifles de madera que completan la imagen.

Esa situación concuerda a la perfección con la cosmovisión posmodernista de que una de las cuestiones principales vinculadas con los rebeldes de Chiapas son los medios de comunicación a través de los cuales “nosotros” en el Norte nos enteramos sobre el EZLN y nos

relacionamos con él. “En la prosa de Marcos”, escribe un especialista, “uno siente la pericia y la familiaridad con los textos digitales, si no directamente con el correo electrónico”.<sup>36</sup> Decir las cosas de este modo (que da por sentado que las guerrillas pueden acceder con toda facilidad a las líneas de energía eléctrica en un estado en donde, a pesar de que genera la mitad de la energía hidroeléctrica de todo México, la mayoría de los pueblos no tienen electricidad), desvía la atención e impide analizar de forma explícita las metas y los logros de los neozapatistas y su relación con otras corrientes de la sociedad mexicana, latinoamericana y norteamericana. Ese comentario dirige nuestra atención, en cambio, hacia el mundo posmoderno de la simultaneidad digital. Cuando se nos pide evaluar “los efectos que el correo electrónico [ha] tenido sobre los hechos reales”, se nos presenta la imagen de “nuevos iconos de una rebelión romántica” “que aparecen de repente [...] en las pantallas televisivas”, y se habla del efecto poderoso de “la presencia zapatista en Internet”.

Afirmar que los múltiples mensajes que resuenan “en la comunidad *hacker* nocturna” tienen un efecto histórico palpable encaja a la perfección con la noción de que el neozapatismo es de hecho un “movimiento político posmoderno”.<sup>37</sup> Centrarse en el uso del módem, del fax y del correo electrónico por parte del EZLN, e incluso celebrar ese fenómeno, sugiere que la característica más distintiva del neozapatismo como movimiento político es haber cambiado el objetivo de la lucha: del control de los medios de producción al control de los medios de comunicación; fomentaremos los ideales revolucionarios mediante el libre intercambio de programas informáticos y de paquetes de comunicación ideados para que los usen los rebeldes. Sin embargo, esa manera de pensar la rebelión deja de lado los años de organización previos al

<sup>35</sup> Thomas Friedman, “New Mexico” *New York Times*, marzo de 1995, p. A17.

<sup>36</sup> Deedee Halleck; “Zapatistas On-Line”; *NACLA Report on the Americas* 28, n° 2 (September/October 1994); p.30.

<sup>37</sup> Las citas anteriores provienen de Halleck, “Zapatistas On-Line”, pp. 31-32.



1 de enero de 1994. Afirmar que el EZLN es “posmoderno” en su esencia es no analizar concretamente los “hechos reales” ocurridos en Chiapas. Es más una manera de permitir que algunos intelectuales *se apropien* de esos hechos, sitúen esos complejos acontecimientos históricos en su propio terreno (intelectual), los asimilen a un discurso que permite a los académicos versados en la utilización de la informática sentirse bien con ellos mismos.

### ¿Un movimiento político posmoderno?

Desconcierta en particular que las afirmaciones sobre el carácter posmoderno del EZLN sean repetidas por personas de izquierda. Un ejemplo que viene a la mente es el ensayo “Raíces de la rebelión posmoderna de Chiapas” de Roger Burbach, publicado en *New Left Review* el verano pasado, en el cual se describe al EZLN como un “movimiento político posmoderno” que intenta “ir más allá de las políticas de la modernidad”.<sup>38</sup>

Tras esos comentarios introductorios, Burbach ofrece una descripción convincente, adecuada y concisa del trasfondo neocolonial de la rebelión de 1994. Sirviéndose de investigaciones recientes de antropólogos, sociólogos y especialistas en ciencias políticas conocedores de la región, Burbach presenta un análisis que no es precisamente “posmoderno” ni en su contenido ni en su forma. Demuestra que la rebelión de Chiapas ocurrió en el momento en que lo hizo porque en esa región del mundo se ha adoptado una forma particular de capitalismo. Burbach proporciona cierta sustancia a la noción de “desarrollo combinado y desigual” describiendo la manera en que la migración de la mano de obra está relacionada con la enajenación del campesino de su tierra, la manera en que las fluctuaciones en el precio internacional de los productos primarios golpea la agricultura comercial, en especial la producción de café, y la manera en que el estado mexicano maniobra para reubicar estratégicamente los asentamientos

marginales, mientras que los grandes terratenientes y los rancheros siguen contando con la ayuda de matones contratados (*guardias blancas*\*).

No obstante, en los primeros y últimos párrafos, en los que se afirma, una y otra vez, la “posmodernidad” esencial del EZLN, el ensayo es *sintomático* de lo que puede ocurrir cuando los intelectuales del Norte, incluso los que son de izquierda, caen bajo el hechizo de una especie de política de la identidad posmodernista. La adopción de un vocabulario posmoderno y de categorías de análisis posmodernas termina por revelar más sobre las políticas académicas del Norte que sobre las situaciones que se intentan explicar con esos análisis. Creo que vale la pena examinar en detalle algunos de los pasajes del artículo de Burbach para apreciar plenamente los absurdos a los que puede llevar ese tipo de análisis.

El primer párrafo comienza de la siguiente manera:

*El levantamiento indígena de Chiapas que irrumpió en la escena mundial en enero es un movimiento político posmoderno. Esa rebelión procura ir más allá de las políticas de la modernidad [...]*

Es difícil comprender que un ejército rebelde formado por campesinos, consciente de que es el producto de quinientos años de lucha, que invoca la constitución mexicana para legitimar su derecho a exigir que el presidente mexicano deje inmediatamente su cargo, que demanda además trabajo, viviendas, alimentos, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz para el pueblo de México, pueda ser llamado un “movimiento político posmoderno”. ¿Cómo podría ser que el EZLN procurara ir *más allá* de las políticas de la modernidad cuando su vocabulario es, sin lugar a dudas, modernista y cuando es tan evidente que su organización práctica es premoderna? Su estructura democrática de mandos es, como forma de organización, poco ágil —pues requiere la consulta directa a las

<sup>38</sup> Roger Burbach, “Roots of the postmodern rebellion in Chiapas”, *New Left Review* 205, 1994, pp.113-124.

\* En español en el texto original. [N. de la trad.]

comunidades de base y el debate con ellas en cinco o seis lenguas diferentes—, por lo que no es fácil que cuadre con la simultaneidad digital posmodernista. ¿En las demandas del EZLN se pide un módem y un equipo de video para cada *jacale*\* o choza de adobe de México? No. ¿Acaso el nombre elegido para el movimiento es “Ejército posmoderno de emancipación multinacional” o “Guerreros cibernéticos del Sur”? No. Son el Ejército zapatista de liberación nacional. Emiliano Zapata (que no es un “significante flotante” sino un sujeto histórico específico), que lideró a los campesinos de Morelos desde 1911 hasta su asesinato en 1919 en la lucha por recuperar el control de la tierra y expulsar a los *caciques*\*/jefes políticos extranjeros, tiene muy poco de héroe posmoderno.

El primer párrafo de Burbach concluye de la siguiente manera: “Incluso más importante aún, [la rebelión] busca terminar con el abuso perpetrado contra los indígenas por siglos de modernización occidental”. Una vez más, no es muy “posmoderna” en particular una lucha que tiene ese fin (además del hecho de que las formas premodernas de explotación siguen vigentes y aún se lucha contra ellas). Llegados a este punto de la lectura, se hace muy difícil entender qué se supone que es lo posmoderno. ¿A qué “modernización” se oponen los neozapatistas? ¿A algo relacionado con el capitalismo? ¿Cualquier lucha contra el capitalismo podría definirse como posmoderna? En lo que concierne a este tema, dado que una de las afirmaciones del discurso posmoderno es que el capitalismo no existe, por lo menos que no existe como una totalidad sistemática, casi no tiene sentido hablar de un anticapitalismo posmoderno. Además, dado que no es claro a qué condiciones históricas se opone una política posmoderna, solo nos queda la impresión de que el programa neozapatista es una especie de utopía histórica, una quimera de realidad virtual, más que una respuesta pragmática a condiciones históricas reales.

Tampoco el siguiente fragmento nos ayuda a entender mucho mejor a la posmodernidad o al EZLN:

*El levantamiento que encabeza el EZLN [...] es consecuencia del colapso del mundo bipolar “moderno” posterior a la Segunda Guerra Mundial y del agotamiento ideológico de la mayoría de los movimientos de liberación nacional [...]*

Parece que Burbach supone aquí que el colapso del “mundo comunista” marcó el fin del modernismo. Sin embargo, lo que no queda para nada claro es qué se supone que tiene de posmoderno el gran avance —vacilante en grado sumo— de la ideología neoliberal, del mercado y de las políticas orientadas hacia la reestructuración económica capitalista que, en algunos aspectos importantes, puede incluso llegar a representar un triunfo del “modernismo”. Además, desde un punto de vista totalmente distinto, es posible contemplar el triunfo del modernismo con una mirada optimista. Tal como ha escrito Marshall Berman:

*El año 1989 no fue solo un gran año, sino que fue un gran año modernista. Primero, porque millones de personas aprendieron que la historia no había terminado, que ellas tenían la capacidad de hacer su propia historia, aunque no, lamentablemente, en circunstancias que ellas hubieran elegido. En segundo lugar, porque en medio de su lucha, esos hombres y mujeres se identificaron los unos con los otros: aunque hablaran distintos idiomas, aunque vivieran a millas de distancia, vieron que sus historias eran una sola historia, que todos ellos estaban intentando transformar el mundo moderno en algo propio. Temo que esa visión se ha esfumado de nuestra vida pública.<sup>39</sup>*

\* En español en el texto original. [N. de la trad.]

\* En español en el texto original. [N. de la trad.]

<sup>39</sup> Marshall Berman, “Why Modernism Still Matters”, en Scott Lash y Jonathan Friedman, eds., *Modernity and Identity* (Oxford: Basil Blackwell, 1992).

Una de las cosas que demuestra el levantamiento de Chiapas de 1994 es que la visión a la que Berman hace referencia casi con nostalgia ha sido traída al centro de la escena gracias a la aparición del neozapatismo, gracias a la franca claridad de los comunicados del CCRI-CG (Comité Clandestino Revolucionario Indígena - Comandancia General), y a los escritos del subcomandante Marcos. A la vez, y en particular en Chiapas, todavía existen ejes bipolares de la diferencia —hombres y mujeres, trabajo y capital, Norte y Sur, indígenas y blancos— a través de los cuales la vida de las personas se organiza, y se desorganiza, y se vuelve miserable. En cierta manera, entonces, el mundo bipolar “moderno” posterior a la Segunda Guerra Mundial” es más fuerte —y también más despiadado, más destructivo, más estrecho— de lo que fue antes. El problema más grave que enfrentan “la mayoría de los movimientos de liberación nacional” —entre ellos, el EZLN— tal vez no sea el agotamiento ideológico sino la amenaza de exterminio físico.

Sea como fuere, es difícil determinar los recursos ideológicos que tienen a su disposición quienes participan en esos movimientos cuando sus voces son acalladas y sus procedimientos quedan desfigurados por el discurso de los académicos del Norte que se les superpone. Si el significado de dichos movimientos solo proviene de los términos del discurso académico, ¿en qué difiere la aseveración conservadora de que el EZLN está dirigido por “agitadores de afuera” de la pretensión radical de que el EZLN es un movimiento político posmoderno?

### El EZLN y el Estado

Tal vez, lo que para Burbach identifica en verdad al EZLN con un movimiento posmoderno es lo siguiente: “Lo que distingue al EZLN de sus predecesores es que no procura tomar el poder en la Ciudad de México ni tampoco clama por el socialismo de estado”.

Sin embargo, más allá de que esa afirmación es una razón curiosa para considerar al movimiento como posmoderno, es además lisa

y llanamente un error: un error si pensamos en el EZLN y también si pensamos en sus predecesores. En primer lugar, en su declaración de guerra de fines de 1993, la primera orden del comando general del EZLN a sus fuerzas militares fue “Avanzar hacia la capital del país venciendo al Ejército Federal Mexicano (...) y permitiendo a los pueblos liberados elegir, libre y democráticamente, a sus propias autoridades administrativas”.<sup>40</sup> En segundo lugar, desde la época de la conquista e incluso desde antes, la historia mexicana ha sido convulsionada por levantamientos populares de gran escala y rebeliones de campesinos e indígenas. Una de las características clave de esos movimientos es, precisamente, que en su mayoría *no procuraban* “tomar el poder en la Ciudad de México”. Tal vez, por esa misma razón los campesinos y los indígenas fueron derrotados sin excepción; tal vez, por eso mismo es que cada una de las revueltas rurales ha terminado en la victoria de la clase dominante.

Más allá del grado de violencia ejercido durante levantamientos populares anteriores, ha habido siempre un fuerte rasgo antimilitarista en ellos, y un repudio aún más fuerte al poder del estado, ya fuera colonial o neocolonial, patrimonial o capitalista. Dos ejemplos obvios que vienen a la mente son los ejércitos populares comandados por Emiliano Zapata y Francisco Villa entre 1911 y 1920. Sin embargo, ni el villismo ni el zapatismo [Marcos I] procuraban “tomar el poder en la Ciudad de México”; ninguno de los dos movimientos clamaba tampoco por el socialismo de estado. El intento de forjar una nueva base para la vida social, de forma que esté cimentada en la experiencia y responda a las demandas —o a las necesidades para vivir— de *los de abajo*<sup>\*</sup>, de los erróneamente llamados *marginados*<sup>\*</sup> (que de hecho no son “marginales” en lo más mínimo con respecto a la reproducción continua de formas específicas de explotación)

<sup>40</sup> EZLN: Primera y Segunda “Declaración de la selva lacandona” [del 1<sup>o</sup> de enero al 23 de marzo de 1994]; EZLN, Chiapas, México (1994).

\* En español en el texto original. [N. de la trad.]

\* En español en el texto original. [N. de la trad.]



ni siquiera se acerca a clamar por el socialismo de estado. A lo sumo, la expresión “capitalismo monopolista de estado” es más correcta para la clase de sistema social que, según afirma Burbach con toda razón, los neozapatistas repudian.

De cualquier forma, en todo el mundo, los movimientos conformados por campesinos suelen considerar que el estado es algo ajeno y distante, y sus revueltas, en general, no han tenido como objetivo tomar el poder del estado sino reemplazar una forma de gobierno que sienten ajena por un orden social diferente. Por lo tanto, se podría decir que no proponerse tomar el poder del estado es una característica más bien premoderna que posmoderna. Si Burbach tiene razón sobre la relación de los neozapatistas con el estado, entonces el EZLN es típicamente premoderno; pero si está equivocado, es más moderno que “posmoderno.”

La otra cara de la moneda es la afirmación de Burbach de que el objetivo del EZLN “es provocar un movimiento que abarque a toda la sociedad civil en Chiapas y en el resto de México, que transformará el país desde las bases”.

No se puede negar que el EZLN difiere de otros movimientos populares mexicanos de los últimos sesenta años, no solo porque logró precipitar un “diálogo político e ideológico abarcador” sino también porque logró movilizar de manera activa a grandes grupos de personas. No es menos cierto que los esfuerzos actuales tienen precedentes fuera de los circuitos convencionales de poder que fluyen desde el estado y el partido gobernante, el PRI, y hacia ellos. Muchos activistas y muchas organizaciones populares mexicanas —algunas más visibles y previsibles que otras— comparten el objetivo de generar un movimiento abarcador para transformar la sociedad desde las bases. Junto a las organizaciones defensoras de los derechos humanos, las *coordinadoras*\* campesinas, y las organizaciones populares que surgieron de los

escombros del terremoto de la Ciudad de México en 1985, se encuentran sindicatos independientes y no oficiales, millones de personas que votaron por Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, y movimientos como las movilizaciones de campesinos del estado norteño de Chihuahua en la década de 1980, que se vincularon con las movilizaciones de campesinos en Chiapas, como había sucedido un siglo antes. Lo que distingue al EZLN, entonces, no es su *objetivo* sino que haya logrado, como nunca antes había pasado, que su iniciativa sea acogida y tomada en serio por tantas corrientes de la sociedad mexicana.

Aun así, más allá del aparente éxito del EZLN hasta este momento (abril de 1995), todavía no es fácil de advertir qué tiene eso que ver con su posmodernidad. Los movimientos que han abarcado a gran parte de la sociedad mexicana tienen antecedentes “modernos” y “premodernos”, y la organización con rasgos de “sociedad civil” ha sido desde hace tiempo un elemento esencial de las movilizaciones populares. Cuando en su conclusión Burbach insiste nuevamente en que la “perspectiva posmoderna” del EZLN queda demostrada en su “demanda por una democracia auténtica, y la transformación de la sociedad desde las bases”, no podemos dejar de preguntarnos por qué el viejo y querido socialismo marxista, con su compromiso por asegurar la emancipación y la completa democratización de la sociedad, que comienza con la “asociación libre de los productores directos”, no sería el epítome de la posmodernidad.

El intento por etiquetar al EZLN de posmoderno está lleno de contradicciones, que se resumen bien en la siguiente observación:

*Otro factor central que demuestra la posmodernidad de esta revuelta es que no es una rebelión contra un típico autócrata o dictador como Batista o Somoza, sino un movimiento cuyo linaje se remonta a la revolución mexicana de principios del siglo XX.*

Para empezar, no queda claro qué se suponen que tipifican Batista o Somoza. Pero lo más importante es que los rebeldes —que se

\* En el español en el texto original. [N. de la trad.]

comunican en lenguas que entienden solo ellos y un grupo reducido de antropólogos, lingüistas, misioneros y ex maoístas— siguen pareciendo premodernos, y el enemigo que han identificado es a todas luces moderno. Lo que distingue al EZLN, incluso según esa descripción, no es su redefinición posmoderna de la temporalidad, el espacio y la experiencia misma, sino, por el contrario, el sentido que tienen de un vínculo palpable con la tradición. La observación de Burbach de que “La lucha del EZLN... [consiste] en encontrar la manera de movilizar a la población para que recupere los ideales revolucionarios del país” sin duda capta algo importante sobre lo que los neozapatistas intentan lograr y sobre cómo, de manera consciente, se construyen a sí mismos tomando como base las luchas pasadas de campesinados históricos de México. Sin embargo, esa observación subvierte con claridad y contundencia las afirmaciones de Burbach de que el EZLN es un “movimiento político posmoderno”.

Entonces, ¿adónde llegamos? El lenguaje de la posmodernidad no ha agregado nada a nuestra comprensión de lo ocurrido en Chiapas. En todo caso, oscureció lo que tenía valor en el relato de Burbach, además de restarle mérito. Es muy deprimente darse cuenta de ese efecto en un estudio que, más allá de eso, es revelador y expresa simpatía por el EZLN desde un punto de vista político: es una muestra del precio que tenemos que pagar por rendirnos de este modo a las modas intelectuales. En vez de ayudarnos a comprender un movimiento social complejo, ese estudio simplemente cumple la función de subrayar la enorme distancia que separa a los intelectuales posmodernos de los activistas o los defensores del EZLN.

¿Por qué no interpolamos algunos comentarios que hizo un campesino chihuahuense cuando le preguntaron si los habitantes del norte de México, seguidores de Francisco Villa, se habían unido a la revolución de 1910 para recuperar el control de sus tierras? “Supongamos que ahora tenemos la tierra”, contestó Cruz Chávez en 1986,

pero esa fue una meta. ¿Y la justicia? ¿Y la libertad? ¿Cuándo vamos a tener eso? ¿Pueden decírmelo? Mire, vamos a morir viejos sin ver libertad ni justicia, porque cuanto más pasa el tiempo, la justicia y la libertad solo empeoran en nuestro país<sup>10</sup>.

Puedo imaginar por lo menos dos maneras de vincular ese comentario con lo que está pasando hoy en Chiapas. Podríamos simplemente tomar las palabras de Cruz Chávez y las del subcomandante Marcos y compararlas con algún repertorio abstracto de significantes para determinar, por ejemplo, si pertenecen al discurso pre o posmoderno; o bien, podríamos considerar esos discursos desde un punto de vista histórico, comparando la manera en que palabras como “libertad” y “justicia” figuran en el vocabulario de cada uno de ellos, y cómo se relacionan con referentes históricos concretos y cambiantes, con las condiciones sociales y materiales, con las prácticas y luchas políticas de cada época. También podríamos analizar si el proceso agrícola ha cambiado o no ha cambiado desde 1910, si la democracia política ha avanzado o no ha avanzado. Además, podríamos estudiar cómo el EZLN intenta en la práctica responder las preguntas formuladas por Cruz Chávez en una región distinta del país, en condiciones históricas diferentes, y utilizando como base, desde una perspectiva diferente, una larga historia de lucha política, incluida la revolución de 1910.

En el primer caso, es difícil imaginar que nuestro objetivo como intelectuales podría ser algo más que apropiarnos de esos discursos, reivindicarlos como propios. En el segundo caso, estaríamos simplemente intentando entender y explicar. Este último objetivo es en cierta forma más modesto. Por lo menos, es menos probable que exagere el poder de los intelectuales, porque reconoce que estamos

<sup>10</sup> Entrevista con Cruz Chávez Gutiérrez en El Tascate, Namiquipa, Chihuahua, julio de 1986. Este hombre es el nieto de otro Cruz Chávez que encabezó una revuelta armada del pueblo de Tomochich, Chihuahua, contra el estado Mexicano a comienzos de la década de 1890. Esa rebelión, que aún se recuerda, resultó triunfante durante un período breve.



hablando *sobre* prácticas sociales y políticas llevadas a cabo por personas específicas que no somos nosotros, en vez de pretender que nuestro discurso es la única práctica real y que nuestro discurso académico es la única política real.

Derek Sayer ha dicho “Tal vez queramos considerar la posibilidad de que el estatus de “intelectual orgánico” que no pertenece a ninguna clase dominante es una contradicción en los términos”.<sup>11</sup> Por más difícil que sea de aceptar, esa idea tiene la virtud de reconocer tanto los límites como los fundamentos de la actividad intelectual. Algo que se acerque, aunque sea remotamente, al poder determinante que los intelectuales posmodernistas atribuyen a sus propias prácticas discursivas —el poder de crear la realidad misma— en el mundo real solo es posible para los sirvientes de la clase dominante, cuyo discurso está respaldado por el poder del estado. El resto de nosotros debería contentarse con ver nuestra actividad intelectual como un instrumento crítico, como un desafío a las ideologías dominantes, tal vez como una guía para la acción política cuando sea posible, pero sobre todo como una manera de dar realce o de divulgar las voces de aquellos que se oponen a la opresión, pero no de reemplazarlas.

\*\*\*

Muchas personas tienen hambre de algo, de cualquier cosa, que se aleje del marco ideológico cada vez más doctrinario y estrecho, y que trate los problemas que les preocupan a ellos, pero que están en gran parte excluidos del discurso público [...] Desafortunadamente, hay pocas personas que puedan responder a esa demanda [...] Los “intelectuales de izquierda” (o cualquiera sea la expresión correcta) están ocupados con variedades ininteligibles de posmodernismo (en mi opinión, tonterías más que nada), o dedicados a debatir entre ellos. La mayor parte de la

“comunidad intelectual” está, como es habitual, al servicio del poder de una manera u otra.

Noam Chomsky en una carta a John Schoeffel, 9 de diciembre de 1992, citado por Mark Achbar, ed., *Manufacturing Consent: Naom Chomsky and the Media*, 1994. Hay versión en español: Noam Chomsky; Edward S. Herman, *Los guardianes de la libertad*, Barcelona, Crítica (1990, 1995, 2000) [N. de la trad.].

<sup>11</sup> “Some Dissident Remarks on ‘Hegemony’” en G. Joseph and D. Nugent, eds., *Everyday Forms of State Formation*, Durham, NC: Duke University Press (1994), p. 373.